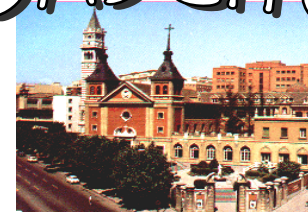


PROPUESTAS DE CUARESMA

Como el tiempo pasa muy deprisa, si no vigilamos podríamos encontrarnos en Pascua sin haber hecho nada para prepararla, por lo que estaría muy bien en este inicio del tiempo litúrgico de Cuaresma hacernos un sencillo “programa cuaresmal”. Un programa que debería comportar, por un lado, el propósito de algún progreso concreto de vida cristiana y de fidelidad al Evangelio; por otro lado, dedicar algún tiempo o actuación especial que intensifique durante estos días la proximidad a Jesucristo. Sin olvidar incluir actividades cuaresmales específicas. Con el fin de colaborar a que esta Cuaresma incida en nuestras vidas, la Parroquia nos ofrece los siguientes medios.

- 1.- En las Eucaristías diarias, predicación cuaresmal.
- 2.- Todos los viernes a las 20,30 h. **“Vía-Crucis”**
- 3.- **Conferencias Cuaresmales:**
Días 15, 16, 17 y 18 de marzo.
- 4.- **Celebración Comunitaria del Sacramento de la Penitencia:**
Lunes 22 de marzo
- 5.- **Concierto – Meditación Cuaresmal:**
“Coral Nuestra Señora de las Nieves”, Viernes 12 de marzo.
- 6.- **“Vidas”,** material para ayudar, vivir y celebrar al “Dios de la Vida”.
Oración y meditación:
En la “Hoja Parroquial” todos los domingos.

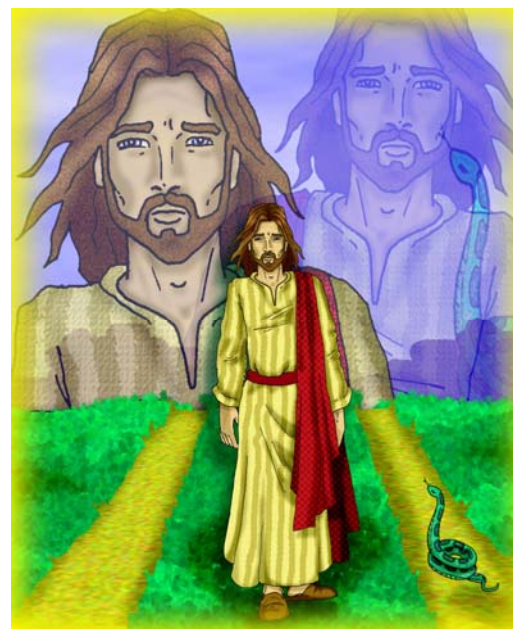


1º de CUARESMA
Ciclo "C"

PP. DOMINICOS - MADRID
Avda. Ciudad de Barcelona,1
<http://www.parroquiadeatocha.es>

21 de FEBRERO
de 2010

PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA



“Jesús era tentado
por el diablo...
Jesús le contestó:
No sólo de pan
vive el hombre...
No tentarás al
Señor tu Dios”

Las tentaciones tienen mala prensa. Se las considera como instigaciones a hacer el mal. Pero ante todo son ocasiones para encontrarnos con Dios. En ellas se juega nuestra fidelidad a él, a nosotros mismos y a nuestro proyecto de vida. Nos permite conocerle y conocernos mejor. Son siempre momentos de gracia, incluso si se cae en ellas: el perdón posterior nos permitirá descubrir con mayor nitidez el rostro misericordioso de Dios.

COMENTARIO A LAS LECTURAS DEL DOMINGO

Domingo 1º de Cuaresma. 21 Febrero 2010

Deuteronomio 26, 4-10. Romanos 10, 8-13. Lucas 4, 1-13.

Con la celebración del Miércoles de Ceniza (17 Febrero) comenzamos el Tiempo de Cuaresma, durante el cual la Iglesia, (o sea, los cristianos), se prepara para el gran acontecimiento de nuestra fe: LA PASCUA DE RESURRECCIÓN.

La Cuaresma es un tiempo oportuno, favorable, en el que la Iglesia hace un alto en el camino para revisar, reflexionar, corregir, enderezar todo aquello en lo cual ha fallado a su Señor: la Iglesia se reconoce pecadora.

La Cuaresma proclama la misericordia de Dios, que nunca se agota en el ofrecimiento del perdón de los pecados.

La Cuaresma es también el gran símbolo de la liberación social. Eso fue la Pascua de Israel; hacia la liberación caminó Jesús y pasó de este mundo del pecado al Padre; a un mundo ofrecido gratuitamente por Dios. Como nos dice San Pablo, por conseguir esta liberación gime la creación esclavizada.

En la primera lectura, Moisés, recuerda al Pueblo la liberación, por parte de Dios, de la esclavitud de Egipto. El texto es como la recopilación del “Credo” de Israel, que tendrá siempre el israelita en su mente y en su corazón.

San Pablo, en su carta a los Romanos, nos recuerda que la fe del cristiano consiste esencialmente en creer que Jesús es el SEÑOR, el **único SEÑOR**. Pareciera que nos recuerda las palabra de Jesús a Satanás: **“Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto”**.

Jesús es el Señor, pero él no vino a ser servido, sino a servir...; como dice San Pablo, “pasando por uno de tantos”. Incluso a ser tentado por el “Enemigo”, como nosotros.

Las respuestas de Jesús ante las tentaciones del Diablo, son rápidas y tajantes; así también debemos reaccionar nosotros antes las tentaciones. Si no queremos sucumbir en ellas: **¡ÉL SOLO ES NUESTRO SEÑOR!**

¿Cómo vives tu fe?

Hay muchas maneras de obstaculizar la verdadera fe. Está la actitud del *fanático* que se agarra a un conjunto de creencias sin dejarse interrogar nunca por Dios y sin escuchar jamás a nadie que pueda cuestionar su posición. La suya es una fe cerrada donde falta acogida y escucha del Misterio y donde sobra arrogancia. Esta fe no libera de la rigidez mental ni ayuda a crecer, pues no se alimenta del verdadero Dios.

Está también la posición del *escéptico* que no busca ni se interroga, pues ya no espera nada ni de Dios, ni de la vida, ni de sí mismo. La suya es una fe triste y apagada. Falta en ella el dinamismo de la confianza. Nada merece la pena. Todo se reduce a seguir viviendo sin más.

Está además la postura del *indiferente* que ya no se interesa ni por el sentido de la vida ni por el misterio de la muerte. Su vida es pragmatismo. Sólo le interesa de verdad lo que puede proporcionarle seguridad, dinero y bienestar. Dios le dice cada vez menos. En realidad, ¿para qué puede servir creer en él?

Está también el que se siente *propietario* de la fe, como si está consistiera en un “capital” recibido en el bautismo y que está ahí, no se sabe muy bien dónde, sin que uno tenga que preocuparse de más. Esta fe no es fuente de vida, sino “herencia” o “costumbre” recibida de otros. Uno podría desprenderse de ella sin apenas echarla en falta.

Está la *fe infantil* de quienes no creen en Dios sino en aquellos que hablan de él. Nunca han hecho la experiencia de dialogar sinceramente con Dios, de buscar su rostro o de abandonarse a su misterio. Les basta con creer en la jerarquía o confiar en “los que saben de esas cosas”. Su fe no es experiencia personal. Hablan de Dios “de oídas”.

En todas estas actitudes falta lo más esencial de la fe cristiana: el encuentro personal con Cristo. La experiencia de caminar por la vida acompañados por Alguien vivo con quien podemos contar y a quien nos podemos confiar. Solo él nos puede hacer vivir, amar y esperar a pesar de nuestros errores, fracasos y pecados.

Según el evangelio, los discípulos de Emaús contaban “lo que les había acontecido en el camino” (Lucas 24,35). Caminaban tristes y desesperanzados, pero algo nuevo se despertó en ellos al encontrarse con un Cristo cercano y lleno de vida. La verdadera fe siempre nace del encuentro personal con Cristo como “compañero de camino”.